

## León Felipe\*

*Alejandro Finisterre*

León Felipe había abandonado su cómoda situación como agregado cultural de la Embajada de la República Española en Panamá y profesor de literatura española en la Universidad panameña, para hacerse presente en España en aquellos difíciles momentos.

En la Alianza de Intelectuales Antifascistas nos informan que se reúne en tertulia todas las tardes en el hotel Florida y allí aparecemos con nuestros trajes negros y nuestras chalinas rojas. Habla Rafael mientras yo reparto a los tertulianos volantes con los manifiestos de la ADEIP: «Venimos en representación de la Asociación de Idealistas Prácticos –soy el presidente y Alejandro el secretario general– para darte la bienvenida a Madrid y pedirte que tengas la bondad de ofrecer un recital de tu poesía pues la juventud necesita conocerla y desgraciadamente no está difundida en España como debiera. Por si aceptases, hemos reservado el teatro de la Zarzuela para el próximo domingo [efectivamente, esa misma mañana habíamos ido a este teatro y logrado que el «responsable» nos lo cediese para el recital del gran poeta que, sería innecesario decir, no conocía: *milagros* de la situación y de la impresionante Asociación de Idealistas Prácticos].

León Felipe, muy serio, con la sonrisa cómplice de los demás miembros de la tertulia: «Tratándose de la Asociación de Idealistas Prácticos, no puedo negarme». Y así es como el autor de *Versos y oraciones de caminante* se vio comprometido, eso sí con agrado, a dar el primer recital de su poesía en Madrid, primero después de su histórico debut como poeta en el Ateneo (noviembre de 1919). Aquella tarde compartían mesa, mesas, bueno, veladores, entre otros, Pablo Neruda en cuya casa vivía León Felipe, Rafael Dieste, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Concha Méndez, Margarita Nelken, Luis Cernuda, Arturo Souto, José Moreno Villa, José Gutiérrez Solana, Lorenzo Varela...

Ante mi *acentuado* acento galaico (v. la. r.), mi paisano Rafael Dieste: «No puedes negar que eres gallego»... «¿Poeta?» (señalando con la vista mi chalina y mis dos mamotretos que –obstinado cazador de esquivas liebres estrenantes– siempre llevaba a punto por si saltaba alguna). Yo: «Escribo

\* Fragmento de las memorias inéditas, Bajo vientos, mareas y pechelingués.

teatro». Interviene otro paisano, Arturo Souto, no sin sorna dirigiéndose a Dieste: «Mira por dónde tienes ocasión de apadrinar a un dramaturgo de porvenir... y gallego», mientras a mí me informa: «Es el director de la compañía en cooperativa *Nueva escena* que comienza a operar en el teatro Español». Dieste: «¿Puedes dejármelas? Aunque te anticipo que tardaré bastante en leerlas, pues la cooperativa acaba de nacer y durante algún tiempo no podré ocuparme más que de ella»... Vi el cielo abierto. ¿Habría llegado la ocasión tan esperada?

Después de la tertulia, como la iglesia del Carmen estaba a un paso, me acerqué con Sánchez Ortega. Tenía curiosidad en conocer su actual estado. Las puertas del templo se encontraban cerradas y a nuestras reiteradas llamadas nadie contestaba. Nos acercamos a la calle de Tetuán en donde estaba (y sigue estando) la entrada a la sacristía y a la oficina del párroco. Allí sí alguien salió a abrir: era el P. González, «el confesor de la reina» (quien, recuerden, me fue señalado por Pepe Olmeda cuando estaba detenido en una capilla-prisión de la iglesia) y al que había salvado la vida Pedro Luis de Gálvez y habían encargado de la custodia de la iglesia del Carmen.

A los pocos días «Nueva Escena» estrenaba en el Español *La llave*, de Ramón José Sender, *Los salvadores de España*, de Rafael Alberti, y *Al amanecer*, del propio Dieste, lo que probaba lo muy atareado que en efecto andaba mi ilustre paisano.

A partir de entonces visitamos a menudo a León Felipe, que no desdeñó generosamente darnos una charla en la ADEIP (chez mini ateneo «Salud y Libertad») en uno de nuestros «sábados culturales» ni compartir con nosotros al final un muy frugal cocido de guerra.

Mientras fue huésped de Neruda lo visitábamos en su «Casa de las Flores», en Argüelles, y luego en la residencia de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, a donde al fin se trasladó a vivir como ya lo habían hecho, entre otros poetas, escritores y artistas, Rafael Alberti y María Teresa León que allí dirigían y preparaban la publicación de la revista *El mono azul*.

A éstos, a María Teresa y a Rafael, les había escrito Juan Ramón Jiménez muy interesado en recibir la revista y los dos tenían mucho cuidado en enviar sin falta al futuro nóbel cada número recién salido.

Es bien conocido que Juan Ramón era tan buen poeta como gran chismoso capaz de poder levantar o hacer correr la más increíble injuria o venenosa calumnia por un simple berrinche.

En uno de los números de *El mono azul* a mediados de octubre [1936] se daba noticia de la llegada al Madrid en guerra de León Felipe y con este motivo se condenaba a aquellos intelectuales españoles que habían huido al extranjero (y Juan Ramón lo había hecho nada más comenzada la contienda). He aquí un párrafo de esta crónica:

*Como digna y altísima réplica a lo que de sí dicen con su conducta algunos intelectuales, marchándose de España en estos momentos, León Felipe, el poeta por nacimiento, por poesía y por vida, regresa ahora a España. Regresa ahora desde Panamá cuando se le brindaba allí una posibilidad de reposo, de descanso en su vida de incesante movimiento, de incesante afán poético angustiada. (...) Significa también su saludo a la nueva España, a la España que León Felipe quiere reintegrarse para ejemplarizar a los desertores, a los que vergonzosamente huyen.*

Juan Ramón se encontraba a la sazón en Cuba donde acababa de recibir una andanada similar escrita por Juan Marinello, el insigne poeta cubano, en la cima de su prestigio intelectual y moral por aquel entonces, fundador del Consejo Mundial de la Paz, refiriéndose al enfrentamiento de las dos Españas, de los dos crónicamente antagónicos bandos y donde, para irritación del hipersensible vate de Palos de Moguer, el autor de *Liberación*, «de pasada», ensalzaba a León Felipe:

*Ya sabemos que poetas y ensayistas de menos hondura que León Felipe dirán ahora con voz satisfecha que su conciencia vigilante ha traído el milagro, que son ellos los responsables de la vieja escisión. Cabría preguntarles si una semana antes de estallar la revuelta cavernaria habían dado muestra de esa conciencia, si el día anterior al levantamiento fascista no andaban distraídos en la caza de la imagen impenetrable y dados a la busca de virtuosismos exclusivos. Estos escritores, fueron, hasta la víspera misma de la tragedia, representantes perfectos de la corriente aristocrática y extranjerizante, usufructuarios cabales de la tendencia antipopular y defensores, hasta que el pueblo quiso y pudo, de un arte minoritario y desvitalizado. Hasta que el pueblo pudo y quiso, en arte como en política, fueron sus enemigos embozados.*

Era más que suficiente para emberrenchinar contra León Felipe a Juan Ramón que ya tenía escrito anteriormente con su dosis de desdén: «Estoy seguro que yo hubiera podido llegar a ser un Víctor Hugo español, o por lo menos un León Felipe» (ver *Guerra de España*, Seix Barral, Barcelona, 1985, donde se cita el anterior párrafo de Marinello y apareció la muy grave calumnia que el autor de *Platero y yo* hizo correr en el exilio y dejó entre los papeles inéditos que luego Ángel Crespo recogió para publicarla en la citada *Guerra de España*). Escribe Juan Ramón:

*En Cuba supe, por testigo de vista, que durante la Guerra León Felipe se refugió en la Embajada de México, donde protestaba de todo envuelto en el gran abrigo de pieles [no era un abrigo de pieles sino un chaquetón largo*

de caza con cuello de piel] *del Duque de T'Serlaes asesinado, y jactándose de ello con vociferación y bromita.*

O sea que, según él, León Felipe había dejado su cómoda situación en Panamá y atravesado el Atlántico para *refugiarse* en la Embajada de México quizás buscando la compañía de los falangistas y los militares antidemócratas que atestaban la sede de la representación diplomática mexicana (esos sí necesitados de *refugio*) y estando invitado como estaba y como estuvo por Pablo Neruda a su alegre y confortable Casa de las Flores madrileña (¡?).

Es proverbial el cuidado con que, palabra a palabra, Juan Ramón Jiménez escribía, por eso merece la pena examinar algunas de las de estas líneas. Dice que [León Felipe] *envuelto en el gran abrigo de pieles del Duque de T'Serlaes asesinado, y jactándose de ello...* con lo que un escuchante o lector poco o mal avisado creará que el autor de *Ganarás la Luz* se jactaba de haber asesinado al Duque de T'Serlaes.

No sé si existe o ha existido alguna vez un duque con tal título, y —como diría Umbral— no voy ahora a levantarme para consultarlo. Pero el dueño de tal abrigo quien, según las noticias que tengo, estaba vivito y coleando aunque no en Madrid, era el Duque de Heredia Spínola, propietario del palacio sito en la calle del Marqués del Duero, número 7, que en julio de 1936 fue requisado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas (*tres meses antes de la llegada de León Felipe a Madrid*) con el objeto de destinarlo a residencia de poetas, escritores, profesores y artistas.

En su muy nutrido guardarropa estaba y siguió estando el abrigo o chaquetón de marras hasta que en otoño llegó a Madrid León Felipe y luego de residir algunos días con Neruda se vino a vivir a esta residencia. Era a finales de octubre, hacía ya frío en Madrid y, con las tropas franquistas prácticamente a las puertas de la capital, las tiendas en donde se podría comprar un abrigo estaban cerradas, y —con el permiso de María Teresa León, que aunque le venía grande se lo había puesto ya para ir alguna noche a las trincheras— comenzó a usarlo.

Me supongo que el tal abrigo habrá agradecido que lo liberasen de su estrecha prisión para poder ventilarse, antes de que lo matase la polilla, vivir a lomos de un gran poeta trotamundos, llegar a ser cosa de importancia para un nóbel y conocer interesantes personajes, como Cappa, el extraordinario fotógrafo que moriría después de la guerra de España en Oriente, y Gerda Taro, su mujer, también excelente fotógrafo, jovencísima, bellísima: «Entraron en el palacio de Marqués del Duero —cuenta María Teresa León— y se detuvieron sorprendidos. Por la escalera palaciega bajaba un engabanado señor [León Felipe] quien solemnemente al llegar junto a los extranjeros, les

preguntó, tocando ligeramente la barbilla de Gerda Taro: *¿Sois felices, hijos míos?... ¿Sois felices?* El personaje, envuelto en su *gran abrigo de cuello de piel* [el subrayado es nuestro], siguió su camino y los dos fotógrafos dando saltos, en el colmo del entusiasmo, gritaron: «La maison des fous... ¡Qué maravilla!... Estamos en nuestra casa».

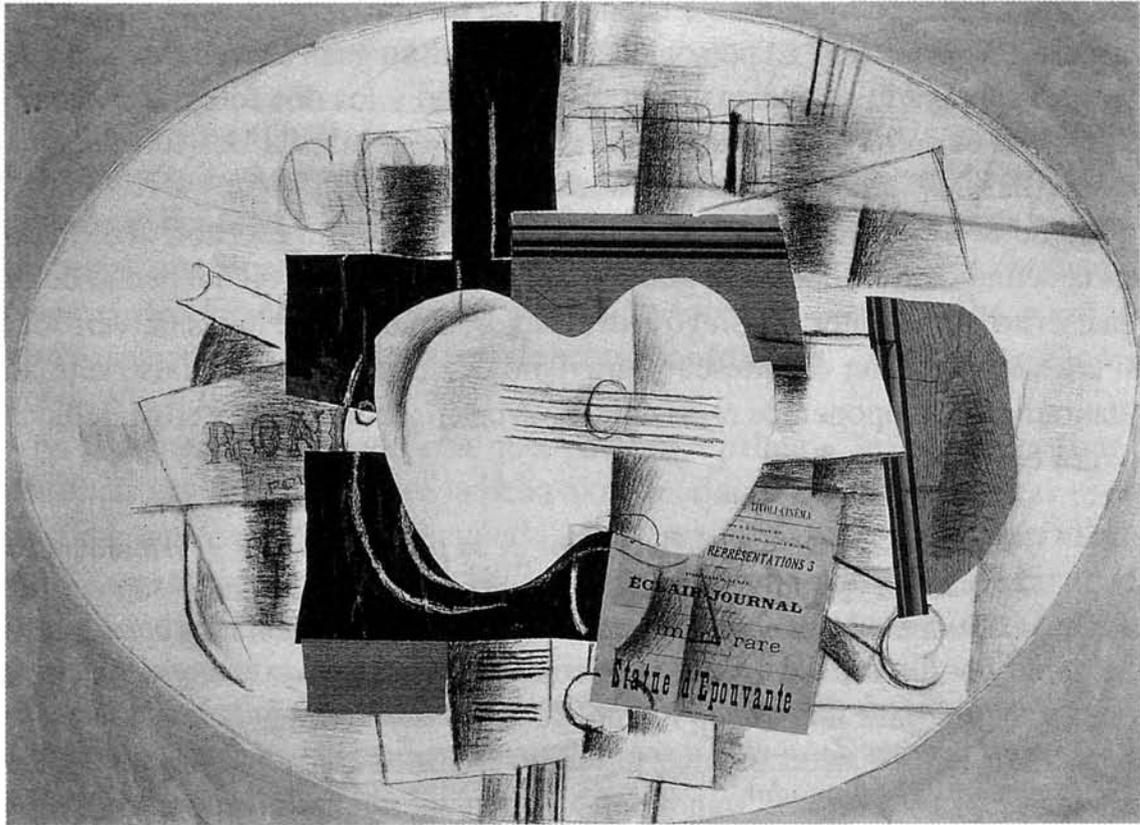
Me he detenido en la historia del gabán porque algún escritor, algo leído en la actualidad, ha dado a la publicidad la malvada versión del hecho dejada escrito por el autor de *Ciego entre ciegos*, sin cuidarse antes de verificar si era verdad o una canallesca y gravísima calumnia. Pero al falso retraso juanramoniano oponemos estas cuatro *veras efigies* de León Felipe debidas a otra clase de nobeles:

Vicente Aleixandre: *Fue un cantor de su patria en horas de tribulación y desde su voz española se dirigió al hombre entero como amigo supremo de la liberación humana. Y todavía, al cumplirse su ciclo, obtuvo como pocos ser por fin (como en sus principios) el íntimo y dolorido cantor del hombre interior, signo que tampoco le faltó, porque él acertó a lo largo de sus diferentes etapas de su vida a ser intérprete completo del humanismo más responsable y abarcador.*

Camilo José Cela: *León Felipe, el hombre que supo fundir la vida con la poesía, es el espejo en el que los hispanohablantes del mundo entero, que formamos legión, debemos mirarnos siempre como en vivo y mantenido paisaje de honestidad y valor. El aroma de autenticidad que exhala la poesía del hombre a quien hoy rendimos homenaje dimana de esa simbiosis de que les hablo, de ese no saber dónde termina el hombre y empieza el poeta porque poeta y hombre fueron siempre una y la misma cosa.*

Octavio Paz: *Querido León: ¿Qué decirte? Tu ejemplo me ha servido siempre –aun en los momentos en que más parecía alejarme de ti– tú eres de los pocos que piensan y saben que la poesía no sólo está en el poema sino en el poeta = poema vivo, y tú no has entregado a la poesía, ni la has vendido, ni la has guardado en casa: «La poesía debe ser hecha entre todos», dijiste.*

Pablo Neruda: *Para mí no son superhombres los inhumanos, sino los superhumanos: en ellos reside la gradación de la grandeza. Y León Felipe fue superhumano, extrahumano, hecho de la argamasa de la humanidad entera. Estaba hecho de muchas páginas. Era un infolio joven y amarillo en que todos los versículos, los aprendizajes, las referencias, la sabiduría y la ternura, estaban perceptiblemente escritos en su gesto.*



Georges Braque, *La Guitare Statue d'épouvante*, 1913